

Ensayo sobre la jukebox (fragmentos)



Peter Handke

Con la intención de empezar por fin un ensayo sobre el jukebox, algo que llevaba planeando desde hacía mucho tiempo, en la estación de autobuses de Burgos él se sacó un billete para Soria. Las rampas de las que salían los coches estaban en un patio interior cubierto; por la mañana, al salir a un mismo tiempo varios autobuses en dirección a Madrid, Barcelona y Burgos, estaban aún llenas de gente; en estos momentos, a primera hora de la tarde, en el semicírculo estaba solo el autobús que iba a Soria, con unos cuantos pasajeros, más bien solos, sin formar grupos, y abiertas las trampillas del portaequipajes, casi vacío. Cuando él le pasó su maleta al conductor — ¿o al cobrador?—, que estaba fuera, de pie, este le dijo «Soria», y al mismo tiempo le tocó suavemente el hombro. El viajero quería sacar aún algo más del carácter de aquel lugar, y hasta que el motor se puso en marcha estuvo yendo y viniendo por el andén.

[...]

Lo extraño de todo aquello era que él, por una parte, intentaba convencerse a sí mismo de que aquel *Ensayo sobre el jukebox* era algo secundario u ocasional y que, por otra parte, ante la perspectiva de tener que escribir, sentía angustia y, sin él quererlo, buscaba refugio en agüeros y señas favorables —aunque luego no confiaba en ellos en ningún momento, sino que más bien, como ocurría ahora, se lo estaba prohibiendo en aquel mismo instante, con un comentario sobre la superstición tomado de los *Caracteres* de Teofrasto, que él estaba leyendo en aquel viaje: la superstición, según

este autor, es una especie de cobardía ante lo divino. Sin embargo, a pesar de todo, la impronta de estas muchas suelas, tan distintas unas de otras, junto con los signos cambiantes de las marcas de los zapatos, que se superponían unas a otras, blanco sobre negro, y que desaparecían de repente más allá del círculo que había formado el humo, eran una imagen que él podía llevarse para continuar el viaje.

También el hecho de que iba a ser precisamente en Soria donde él se pondría a trabajar en el *Ensayo sobre el jukebox* era algo que había sido planeado desde hacía tiempo.

[...]

¿Eran según esto los musicbox algo para los ociosos, para los que callejean por las ciudades y para los que hoy en día, más modernos, callejean por los continentes? —No. Él por lo menos no los buscaba tanto en las épocas en las que no hacía nada como en aquellas en las que trabajaba o en las que tenía un proyecto, y, esto de un modo especial, siempre que volvía de un país extranjero al ámbito del que él procedía. Lo que antes de las horas que dedicaba a escribir era ir a buscar el silencio, luego, casi con la misma regularidad, era ir a buscar un *jukebox*—. ¿Para distraerse? —No. Cuando ya estaba sobre la pista de algo, de ninguna manera quería que nada le distrajera. Su casa, con el tiempo, se había convertido de hecho en una casa sin música, sin tocadiscos ni cosas parecidas; todas las veces que por la radio, después de las noticias, sonaba el primer compás de lo que fuera, desconectaba el aparato; incluso cuando el tiempo se le hacía largo, en las horas de vacío y en las que los sentidos se le habían embotado, bastaba con que se imaginara que, en vez de estar consigo mismo como ahora, estaba sentado delante del televisor, para que prefiriera su estado actual. Incluso los cines, que antes habían sido una especie de cobijo, después del trabajo, los evitaba cada vez más: con demasiada frecuencia le acometía ahora, precisamente en ellos, un estado de abandono del mundo del cual él temía no saber volver ya a sus cosas, y el hecho de que a media película se saliera no era otra cosa que la huida de esas pesadillas

de primeras horas de la tarde—. ¿Entonces iba él a buscar los *jukebox* para concentrarse, como al principio? —Tampoco esto era así ya. Tal vez él, que en Soria, a lo largo de las semanas había estado intentando deletrear las obras de Teresa de Ávila, el «ir a estar sentado» con sus chismes, después del haber-estado-sentado-junto-a-su-mesa-de-trabajo, podía explicarlo con una comparación un tanto desvergonzada: la santa había estado influida por una disputa de fe entre dos grupos, anterior a su tiempo, a principios del siglo XVI, y que se refería al modo de acercarse a Dios: los unos —los llamados *recogidos*—, que creían que debían «recogerse» contrayendo los músculos y así, y los otros, llamados *dejados*, que, sin hacer nada, se abandonaban sin más a lo que Dios deseara hacer con su *alma*, y Teresa de Ávila parecía estar más cerca de los que se dejaban que de los que se concentraban, porque, decía, cuando alguien más está buscando darse a Dios, es posible que en esto sea acometido por el demonio; y de este modo, por así decirlo, era también como él estaba junto a sus *jukebox*, no para concentrarse en lo que tenía que seguir haciendo, sino para abandonarse a ello.